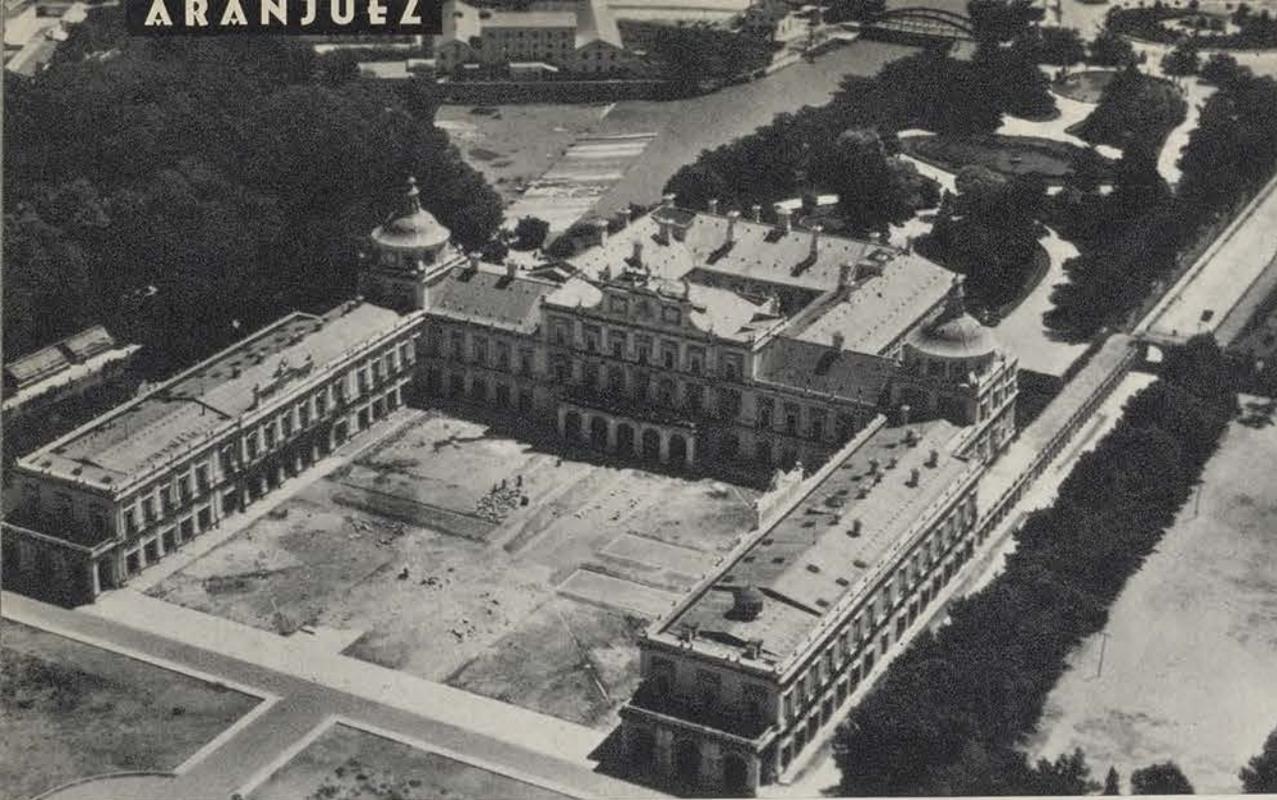


TAJO

rio tranquilo



ARANJUEZ



TAJO, RIO TRANQUILO

Los recuerdos que yo guardo del río Tajo se remontan a los años de mi niñez. Por eso se revisten de esa dulce nostalgia que nos corre por las venas, nos acompaña la vida entera y solamente se disipa con la muerte.

L Vivia yo entonces con mi abuela en una calle de Lisboa cerca del río. Tenía muy pocos años. Para llegar a la ventana, había de subirme a una silla. Y cuando lo hacía, veía una vasta tela líquida, en la que a veces se deslizaba suavemente un barco de gran tonelaje arrojando por sus chimeneas gran cantidad de humo. Pero a mí lo que más me agradaba eran las embarcaciones de vela, algunas tan pequeñitas que me daban la sensación de ser lindas alas blancas.

Así, no sé bien cómo, yo he comenzado a amar al Tajo.

Luego comencé a ir a la escuela. Tuve un día una lección que me agradó mucho, pues se habló del río Tajo. Dijo el maestro: «Este río nace en el punto denominado Casas de Fuente García, en la falda del cerro de San Felipe, perteneciente al grupo de los Montes Universales, enlazados con la sierra de Albarraçín. Va a desembocar a Lisboa. Tiene mil seis kilómetros de largo.»

En Aranjuez afluye el Jarama, tan caudaloso como el río principal, en el cual recibe a su vez las aguas, entre otros, del Henares, en cuyas orillas se asienta Sigüenza, situada en lugar fortísimo, a la entrada de Castilla.

El río Tajo sirve de frontera entre España y Portugal durante un trayecto. Estamos en tierras lusitanas y muy cerca de Villa Velha de Rodão. Bordeamos el primer gran puente que le atraviesa y nos encontramos ante el Passo de Rodão. Ya empieza a aparecer imponente, pues esta hoz mide una altura considerable. Y siguiendo su curso, en plena región de la Beira Baixa, nos vamos aproximando a Abrantes.

No todo es risueño y apacible. En invierno, y cuando el cielo se carga de nubes y la lluvia comienza a caer sobre la tierra, el río crece y se sale de su cauce, inundando toda la ribera. El toque de rebato, los gritos de «Cheia», la ruina y la desolación invaden los hogares ribatejanos, porque el río, convertido en torrente, arrastra personas, casas y ajuares, y entonces viene el angustioso trajín de salvar el ganado, construir defensas, alejar el peligro. Toda la vega se cubre de dolor y desolación..., y, sin embargo, el Tajo es un río pacífico.

Pero cuando se calma y vuelve a su nivel, resurge más hermosa en su fertilidad bucólica.

En adelante nos encontraremos con barcos de carga, que dan al paisaje una nota más de color.

Algunos arroyos caudalosos, afluentes del Tajo, son aprovechados por las lavanderas para ejercer su profesión, amenizándolas con canciones de gran sabor portugués.

Aparece después Lisboa, que presenta todo el movimiento de un gran puerto marítimo. Sin el Tajo esta ciudad no existiría. Por causa de él, Ulises la edificó. Le veo bogando en su batel legendario entrando en este estuario, que le pareció un lugar encantador para reposo. Un día, nostálgico de su Hélade, desapareció él, pero la ciudad quedó para siempre. Y desde los tiempos más remotos de la Historia todos los pueblos que pasaban por la Península, al llegar a Lisboa, balcón florido sobre el Tajo, se detenían aquí extasiados.

Y ahora el Tajo se ensancha para formar el hermoso estuario frente a la capital portuguesa. Terreiro do Paço, con sus *ferriboats* en constante ir y venir, ligando las dos márgenes.

Más adelante, la estación marítima de Alcántara, lugar de atraque de los grandes transatlánticos. En Belem se destaca el maravilloso monasterio de los Jerónimos y la torre de Belem, famosa en la historia de Portugal.

Y el Tajo, que va camino de su fin, sigue siendo manso, a lo que tal vez no sea ajena la melodía del fado, nostálgico siempre, que le hace deslizarse, lleno de sabrosos recuerdos de todo lo que contempló en su recorrido.

Sus aguas se adentran en el mar para morir arrulladas por un canto funerario que las olas le prestan como responso final.

Nace con jotas, canción bravía, himno a la vida que empieza, y muere con fado, dolor y *saudade* para su agonía.

Ni se puede nacer con canción más valiente ni hay melodía más amarga para la muerte.

FERNANDO RIBEIRO

TOLEDO



ALMOUROL





...y Lisboa

